

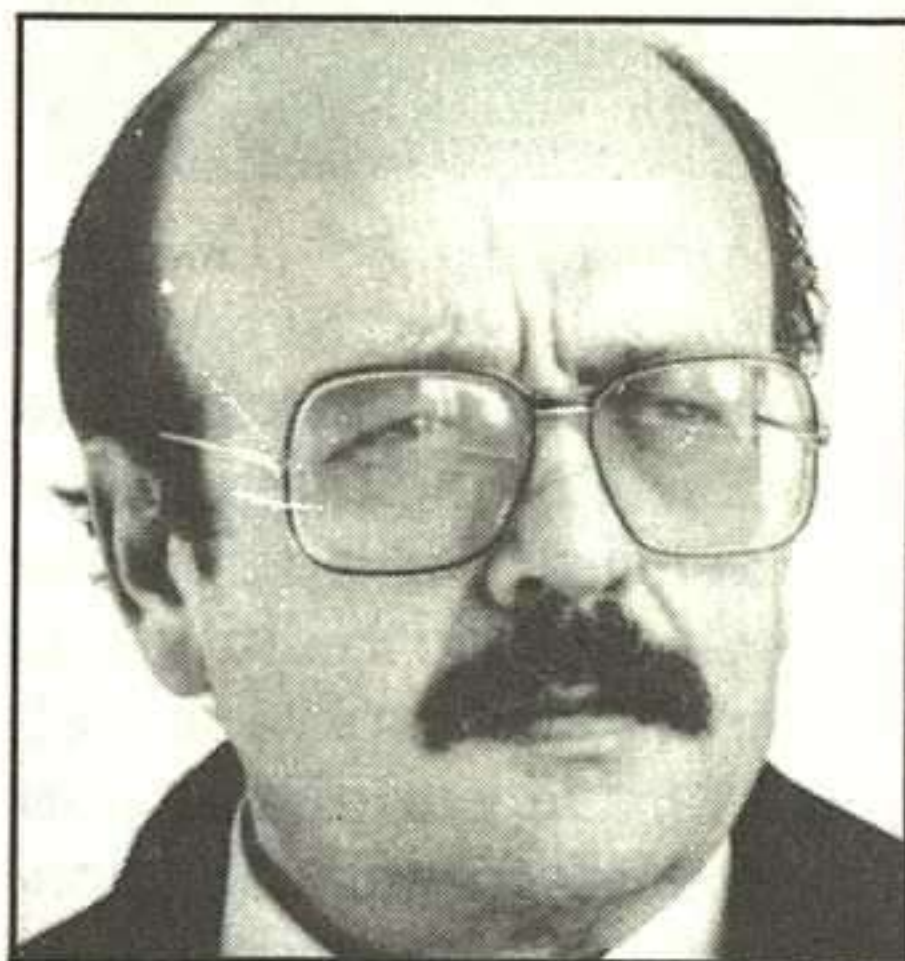
STEVENSON
DEFOE

Robinsón o el naufragio con el porvenir asegurado

por Manuel Vázquez Montalbán



Daniel Defoe.



Manuel Vázquez Montalbán.

Robinsón Crusoe

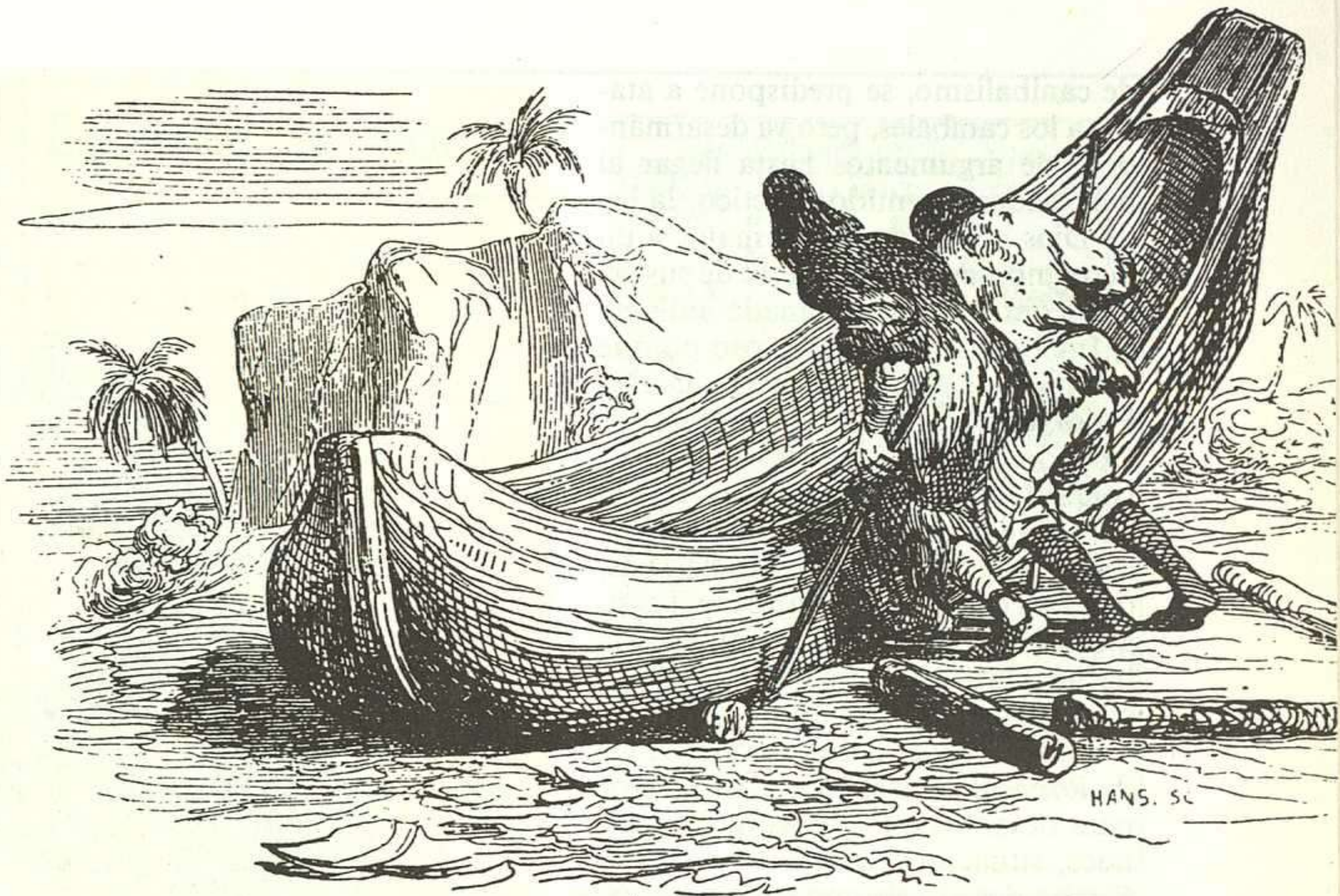
Puedo volver a leer cualquier novela de Verne o de Marryat o de Salgari o Karl May, es decir, de todos los supuestos autores para adolescentes que en el pasado nos fueron obligatorios, con una mirada casi inocente, aunque ahora inmediatamente cansada. Es posible que sea mi problema y no el

de unos narradores hechos a la medida de un mundo que aún no podía imaginar con la ayuda de los medios audiovisuales tal como se han estructurado en los últimos cincuenta años. Volver a leer *Robinsón Crusoe* plantea otra clase de problemas, porque desde aquel primer encuentro, hace más de cuarenta años, con una edi-

ción popular, creo que de Sopena, hasta ahora, el libro de De Foe ha perdido para mí la inocencia de la primera lectura y ahora lo contemplo como una muestra de literatura comprometida, al servicio de la apologética de una nueva visión del hombre, de la vida, necesaria para una burguesía ascendente que combatía el antiguo Régimen.

Sólo me provocan sombras de emociones en su día pluridimensionales, el naufragio, el rescate de inestimables restos para reconstruir una vida, la lucha directa con una naturaleza a la vez dura y generosa, el descubrimiento de la crueldad de «los otros» por medio de las tribus caníbales, la redención del canibal mediante la cultura occidental empeñada en llamar Viernes a quien se llamaba desde que nació de otra manera... En la primera lectura me pareció una historia fascinante, suficientemente acompañado por aquellas descripciones de geografías secretas, distintas y distantes que hoy ya he visto primero en el technicolor yanqui y luego incluso directamente. Después con los años me fui enterando de que De Foe fue ante todo un propagandista de la causa puritana y burguesa frente al ultracatolicismo de Jacobo II y a sus intentos de restauración del viejo orden. De Foe fue fundamentalmente un apologeta que no desperdició ni una línea, poniendo toda su escritura al servicio de su ideología, por el camino más directo y más eficaz

para conmovier al lector, cumpliendo, *avant la lettre* el sarcástico precepto machadiano: «Si dais en escritores, sed meros taquígrafos del pensamiento hablado». Comerciante y periodista, Daniel De Foe llegó a tener gran predicamento en la corte de Guillermo II, el rey burgués y jardinero y se convirtió en su principal propagandista, hasta el punto de poner en juego sus propiedades y las de muchos otros comerciantes para que el rey pudiera armar una flota con la que defender su trono. La muerte de tan favorable rey significa la elevación al trono de la reina Ana, menos liberal, y lo fue tan poco con De Foe que éste se permitió escribir un pamfletito titulado *El camino más corto para con los disidentes*, pieza maestra de la literatura sarcástica que le valió orden de persecución y captura, finalmente la detención y la exposición en la picota en distintos barrios de Londres. Novelista convencional en *Moll Flanders* y periodista minucioso en *El Diario de la Peste*, tal vez el escritor jamás supuso que su fama universal futura se la debería a *Robinsón Crusoe*, novela publicada en 1719, inspirada en la historia real de un marino inglés, Alexander Selkirk, ocurrida entre 1703 y



J. J. GRANDEVILLE.

1709 y luego profusamente glosada por distintos escritores y periodistas. El propio Richard Steele, uno de los grandes propagandistas de aquella generación de propagandistas (Addison,

De Foe, Swift) conoció a Selkirk y sacó sus conclusiones literarias del encuentro.

Pero fue el Robinsón de De Foe el que se impuso y no sólo en el Reino Unido. El libro fue inmediatamente traducido y no hubo cultura literaria nacional que no tratara de reproducir el modelo, y así aparecieron robinsones suizos, suecos, alemanes, españoles... y el relato del naufragio favorecido por la providencia y por la iniciativa individual se convertiría en la alegoría del humanismo burgués de nuevo tipo. Si el *Emilio* de Rousseau sería el manual educativo del nuevo hombre, el *Robinsón* de De Foe quedaría como un ejercicio práctico del sentido de la relación entre el hombre y la naturaleza, incluidos en ella los otros hombres. Es un canto al pragmatismo y al utilitarismo, avalado por la creencia de que el Dios de los puritanos piensa lo mismo: «(...) mis principios y mi sentido práctico están de acuerdo» suelen comentar Robinsón y el propio De Foe. Curiosa la escena en la que indignado ante la práctica



J. J. GRANDEVILLE.

de canibalismo, se predispone a atacar a los caníbales, pero va desarmándose de argumentos hasta llegar al más evidente sentido práctico: la ley de Dios no le autoriza a matar a un hermano, sería cruel valerse de sus armas contra aquella manada aullante y, finalmente, sería peligroso porque son muchos. Como ha escrito Carlos Pujol, traductor y buen conocedor de De Foe: «Siempre dispone de una coartada moral que justifica lo que es más práctico». Tiene la moral de un superviviente, por la gracia de Dios, que va a colonizar el mundo en los siglos venideros, porque el mundo está hecho para que él y otros hombres como él triunfen.

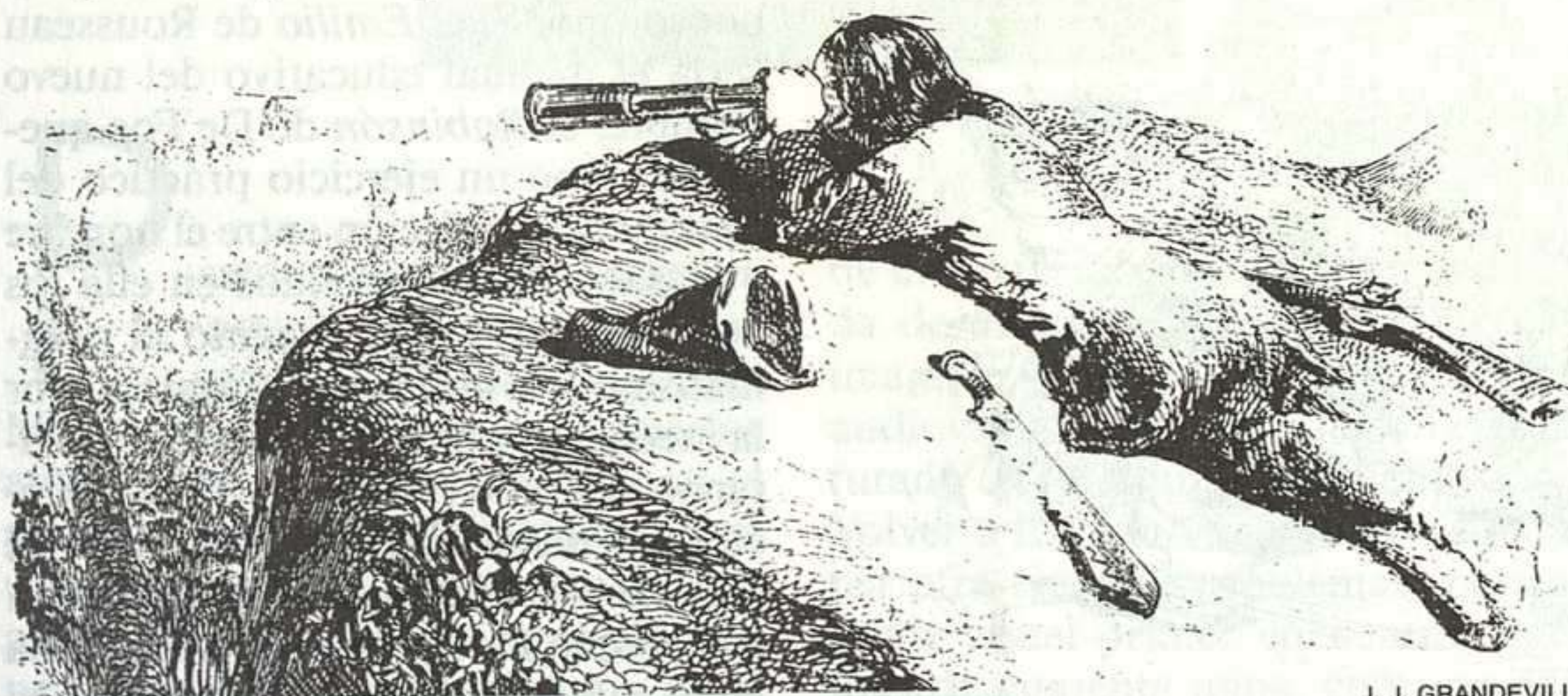
Tal vez lo que sigue desarmándose de *Robinsón* sea el talento de De Foe para describir geografías que desconoce, situaciones que no ha vivido. Estaba dotado de una curiosa eficacia narrativa funcionalmente conectada con los deseos de su imaginación. Se ha observado que, así como Thoreau, el autor de *Walden*, que realmente vivió como un Robinsón, en una cabaña, en plena selva, construyó un relato moroso, pedante y abstracto, De Foe, sin haber estado jamás en una isla robinsoniana, nos ha legado el retrato por excelencia de este tipo de islas. Y así hubiera sido de no haber irrumpido la industria de la imaginación a través del cine y la televisión llenándonos la cabeza de islas misteriosas, hasta el punto de que ninguna isla puede aportarnos ya nin-



J. J. GRANDEVILLE.

gún misterio. Si acaso, cuando releemos *Robinsón*, se replantea el misterio del poder convocador de la literatura y la sospecha de que ya nunca podremos volver a leer inocentemente. No ya porque la información cul-

tural me avise que Robinsón no es lo que parece, sino una propuesta moral y por lo tanto ideológica y tenga la sensación de que Don Daniel doscientos años después me estaba aleccionando sobre las bondades del recién nacido orden burgués. Nunca podremos volver a leer inocentemente aquella literatura visualizadora, porque todo lo visualizable ya ha sido visualizado. Pero los dedos se me vuelven huéspedes con este libro y antes de dejarlo en la estantería, tal vez para siempre, aún regreso a esas páginas espléndidas en las que Robinsón va recuperando restos de naufragio... ¿Por qué me gustaron tanto hace más de cuarenta años? Tal vez porque también a mí me hubiera gustado naufragar con el porvenir asegurado. ■



J. J. GRANDEVILLE.